

jardines aéreos, la pobreza de aquellos seres, la preferencia de la madre por su hijo mayor, su oposición á las aficiones del segundo, y finalmente, el conjunto de hechos y de circunstancias que sirve de preámbulo á esta historia, contiene acaso las causas generadoras á las que debemos José Bridau, uno de los grandes pintores de la escuela francesa contemporánea.

Felipe, el mayor, era el vivo retrato de su madre. Aunque era rubio con ojos azules, era revoltoso, lo cual hacía creer que era decidido y valiente. El viejo Claparón, que entró en el ministerio al mismo tiempo que Bridau y que venía por las noches á pasar un rato con las viudas, decía dos ó tres veces al mes á Felipe, dándole una palmadita en las mejillas :

« Este mocito sabrá dónde tiene la mano derecha ».

El chico, estimulado, tomó, por bravuconería, cierto aire matón; se aficionó á todos los ejercicios físicos; á fuerza de pegarse con los demás en el liceo adquirió ese desprecio al dolor y ese atrevimiento que engendran el valor militar; pero, naturalmente, odió el estudio, pues nunca resolverá la educación pública el desarrollo simultáneo del cuerpo y de la inteligencia. Ágata creía que el parecido físico entre ella y su hijo se extendía también á lo moral; por lo que se imaginaba descubrir algún día en él su propia delicadeza de sentimiento, acrecentada por la energía masculina. Quince años tenía Felipe cuando se instaló su madre en la calle Mazarine, y la simpatía que inspiran los jóvenes de esa edad robustecía las creencias de la madre. José, que tenía tres años menos, se parecía á su padre, pero empeorado. Por de pronto, su abundante cabellera negra estaba siempre despeinada; en cambio, á pesar de sus arrebatos, su hermano conservaba su aspecto

agraciado. Luego, sin que se supiese por qué fatalidad, mas una fatalidad hasta constante se convierte en costumbre, no podía José conservar limpia ropa alguna : no bien estrenaba un traje, ya parecía que era viejo. El mayor, por amor propio cuidaba de su ropa. Insensiblemente, la madre se acostumbró á reñir á su hijo segundo, dándole el mayor como ejemplo. No era Ágata la misma para sus dos hijos; y cuando iba á buscarlos, decía de José : Seguramente que todo lo tiene en desorden.

Aquellas insignificancias empujaban su corazón hacia el abismo de la preferencia maternal. Nadie, entre los seres vulgares que frecuentaban á las dos viudas, ni du Bruel, ni el viejo Claparón, ni Desroches el padre, ni siquiera el abate Loraux, confesor de Ágata, se dió cuenta de la tendencia de José hacia la observación. Dominado por su inclinación, el futuro colorista no hacía caso de nada de lo que á él se refería; y de tal manera semejó la torpeza tal disposición durante su infancia, que su padre se mostró inquieto respecto de aquel muchacho. La extraordinaria capacidad de la cabeza y la extensión de la frente habían hecho temer, al pronto, que fuera hidrocéfalo el chico. Su cara tan atormentada, y cuya originalidad puede pasar por fealdad, para quienes ignoran el valor moral de una fisonomía, fué un tanto desagradable durante su juventud. Las facciones, al desarrollarse, parecían contraídas, agravándose dicha contracción por la atención que el joven dedicaba á lo que era de su gusto. Felipe halagaba todas las vanidades de su madre, en tanto que José nunca le hacía mimos. Tenía Felipe ocurrencias de esas que hacen que los padres creen tener en quien las dice un futuro grande hombre; en cambio, José no salía de su mutismo. La madre esperaba maravillas de Felipe, y nunca contó con José. Las aficiones de José por el arte se manifestaron de la manera

más vulgar : en 1812, durante las vacaciones de Pascua, al regresar de un paseo por las Tullerías con su hermano y la señora de Descoings, vió á un jovenzuelo trazando en la pared la caricatura de su profesor, y su admiración lo dejó parado ante aquellos rasgos hechos con tiza y chispeantes de malicia. Al día siguiente, se puso José á la ventana, observó la entrada de los alumnos por la puerta de la calle Mazarine, bajó sin ser visto y se internó en el largo patio de las Academias (Institut), en donde vió las estatuas, los bustos, los mármoles comenzados, los barro cocidos, los yesos, contemplándolos febrilmente, pues su instinto se revelaba, su vocación lo agitaba. Entró en una sala baja cuya puerta estaba entreabierta, y vió á unos diez jóvenes que dibujaban una estatua, y para quienes se convirtió en objeto de mil bromas.

« ¡Gorriñoncito, gorriñoncito! dijo el primero que lo vió, echándole migas de pan.

— ¿De quién es esa criatura?

— ¡Cuidado que es feo! »

En fin, por espacio de un cuarto de hora fué José blanco de las bromas del estudio del gran escultor Chaudet; pero, después de haberse bien burlado de él, llamóles á los chicos la atención aquella persistencia, aquella fisonomía, y le preguntaron qué quería. Contestó José que tenía mucha gana de saber dibujar; y todos le animaron. El niño, envaletonado por aquel tono afectuoso, dijo que era hijo de la señora de Bridau.

« ¡Ah, pues siendo hijo de la señora de Bridau, bien puedes llegar á ser un grande hombre! Oye, ¿es bonita tu madre? Á juzgar por tu cara, no debe de serlo.

— ¡Ah, conque quieres ser artista! dijo el mayor de los alumnos abandonando su sitio y viniendo hacia José para hacerle una broma; pero ¿sabes, acaso, que para eso se necesita ser un

valliente y soportar cruda miseria? Ninguno de los que aquí ves ha dejado de sufrir mucho. Mira, ese que ves ahí ha pasado siete días sin comer. Vamos á ver ahora si puedes ser artista... »

Y le colocó los brazos como si fuera José á dar un puñetazo.

« Llamamos esto la prueba del telégrafo, añadió. Si te quedas así, sin moverte, habrás probado que se puede contar contigo.

— ¡Ánimo, pequeño! decían los demás. Hay que sufrir para ser artista. »

José, con su buena fé de niño de trece años, quedó inmóvil por espacio de cinco minutos, y todos los alumnos le miraban seriamente.

« ¡Que se te bajan los brazos! decía uno.

— ¡Sostente, caracoles! decía otro. Napoleón se pasó un mes entero tal como lo estás viendo », dijo uno designando la hermosa estatua de Chaudet.

El emperador, en pie, empuñaba el cetro imperial; dicha estatua fué derribada, en 1814, de la columna cuyo digno remate era. Al cabo de diez minutos el sudor goteaba de la frente de José. En aquel momento, un hombrecillo calvo, pálido y enfermizo, entró. Silencio absoluto reinó en el estudio.

« ¿Qué es esto, pilletes? dijo mirando al mártir de aquella gente.

— Es un chico que sirve de modelo, dijo el alumno que había colocado á José.

— ¿Y no os da vergüenza torturar así á un pobre niño? dijo Chaudet bajando los brazos del pequeño. ¿Desde cuándo estás aquí?

— Desde hace un cuarto de hora.

— ¿Y por qué has venido?

— Porque quiero ser artista.

— ¿Y de dónde sales? ¿de dónde vienes?

— De casa de mamá.

— ¡Oh, mamá! gritaron los discípulos.

— ¡Silencio! exclamó Chaudet. ¿Qué hace tu mamá?

— Es la señora de Bridau. Papá, que ha fallecido, era amigo del emperador; y por eso el emperador, si tiene usted á bien enseñarme á dibujar, pagará cuanto sea menester.

— Su padre era jefe de división en Gobernación, exclamó Chaudet, que de repente recordó... ¿Y quieres ser artista, ya?

— Sí, Señor.

— ¡Vente aquí cuando gustes, y te distraeremos! Dadle un cartapacio, papel y lápices, y dejadle que se divierta... Sabed, bribonzuelos, dijo el escultor, que su padre me ha favorecido. Tú, sogá de pozo, vete á buscar dulces, dijo, dándole dinero al alumno que había abusado de José... Según tu manera de comer dulces, así veremos si eres artista », añadió Chaudet, acariciando la barbilla del jovenzuelo.

Después examinó los dibujos de sus discípulos, acompañado del niño, que miraba, escuchaba y trataba de comprender. Llegaron las golosinas. Todo el estudio, incluso el maestro, las festejó; y entonces agasajaron á José tanto como le habían molestado. Aquella escena, en la que se revelaba la manera de ser de los artistas, y que comprendió instintivamente el joven, hizo en él prodigiosa impresión.

La aparición del escultor Chaudet, arrebatado por una muerte prematura en momentos en que la protección del emperador iba á levantarlo hasta el pináculo, fué para José como una visión. Nada dijo el niño á su madre acerca del paso que había dado; pero cada jueves y cada domingo pasaba tres horas en el estudio de Chaudet. La Descoings, que favorecía los caprichos de los dos querubines, dió á José cuanto le era menester para dibujar. En el liceo imperial, el futuro artista hacía los retratos

de sus profesores y de sus compañeros, embadurnaba las paredes y fué sumamente asiduo á la clase de dibujo. Lemire, profesor del liceo imperial, asombrado, no sólo de las disposiciones, sino de los progresos del chico, manifestó á la madre la vocación de su hijo. Ágata, cual mujer de provincia que entendía tan mal de arte como entendía bien de faenas caseras, se aterrorizó. No bien se hubo marchado Lemire, se echó á llorar.

« ¡Ah! exclamó al llegar la Descoings, estoy perdida! José, al que yo destinaba á un empleo, que ya tenía su camino trazado en el ministerio de Gobernación, en donde, al amparo de la sombra de su padre, hubiera llegado á jefe de negociado á los veinticinco años, quiere ser pintor, un oficio de chusma. ¡Bien preveía yo que ese chico no me daría más que disgustos! »

Confesó la señora de Descoings que desde hacía varios meses fomentaba la pasión de José, encubriendo, jueves y domingos, sus evasiones al estudio del escultor. En la Exposición de pinturas, adonde llevó ella al joven, era asombrosa la atención del chico ante los cuadros.

« Si comprende la pintura á los trece años, hija mía, bien puede usted asegurar que su José llegará á ser un genio.

— ¡Si, mire adonde ha conducido el genio á su padre, á morir á los cuarenta años extenuado por el trabajo! »

En los últimos días de otoño, al entrar José en los catorce años, Ágata, á pesar de las instancias de la Descoings, se fué á ver á Chaudet para pedirle que no fomentara las malas inclinaciones de su hijo. Halló al escultor con una blusa azul, modelando su última estatua; recibió casi mal á la viuda del hombre que en otro tiempo le había sacado de un apuro; pero, atacado ya en su vida, luchaba con esa valentía que nos hace ejecutar en

algunos instantes cosas que con trabajo se hacen en algunos meses; acababa de dar con una cosa que hacía largo tiempo buscaba; modelaba la arcilla con gestos bruscos que á la ignorante Ágata parecieron ser los de un loco. En cualquier otro momento, Chaudet se hubiera echado á reír; pero al oír á aquella madre maldecir las artes, quejarse del destino que querían imponer á su hijo y pedir



que ya no lo recibieran en aquel estudio, se apoderó de él un santo furor.

« ¡Le debo favores á su difunto marido, y quería pagarlos guiando los primeros pasos de José en la más excelsa de las carreras! exclamó. Si, señora mía, sepa usted, si lo ignora, que un gran artista es un rey, más que un rey: por de pronto es más feliz, es independiente, vive á su antojo; y luego, reina en el mundo de la fantasía. Ahora bien, su hijo de usted tiene hermoso porvenir; disposiciones como las suyas son raras, y no se manifestaron en tan temprana edad sino en Giotto, en Rafael, en

29698

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MÉXICO

Ticiano, en Rubens, en Murillo; pues me parece que más bien será pintor que escultor. ¡Dios de Dios! ¡Si tuviera yo un hijo como ese, tan dichoso sería como lo es el emperador por haberle nacido el rey de Roma! En fin, dueña es usted de la suerte de su hijo. Ande, señora, haga de él un imbécil, un hombre que viva como un autómeta, un miserable emborronador de papel; y al hacer tal cosa, habrá usted cometido un homicidio. Espero que, á pesar de todos los esfuerzos de usted, seguirá siendo artista. La vocación puede más que todos los obstáculos que se le ponen delante: ¡como que es una elección efectuada por el mismo Dios! Lo único que conseguirá usted es hacer desgraciado á su hijo.»

Echó violentamente en un cubo la arcilla que le sobraba, y dijo á su modelo:

«Basta por hoy.»

Alzó Ágata los ojos y vió una mujer desnuda sentada sobre un taburete en un rincón del estudio; aquel espectáculo la hizo salir, horrorizada.

«Ya no recibiréis aquí al joven Bridau, dijo Chaudet á sus discípulos; su señora madre no lo consiente.

— ¡Fuera! gritaron los chicos ya que hubo Ágata cerrado la puerta.

— ¡Y aquí venía José! » dijo para sí la pobre madre, asustada por lo que había visto y oído.

Tan pronto como supieron los discípulos que la madre de José le prohibía que frecuentara aquella clase, se esmeraron en atraerle á ella. Á pesar de prometerle á su madre que no volvería á estudio alguno de pintor, frecuentó el chico el de Regnault, donde era bien recibido. Cuando quiso quejarse la viuda, los alumnos de Chaudet le contestaron que una cosa era el señor Regnault, y otra el señor Chaudet, y que no les había confiado ella su hijo para que se lo guardaran; y otras bromas por el

estilo. Hasta llegaron á componer y á cantar una canción sobre la señora de Bridau, que no tenía menos de ciento treinta y siete coplas. Por la noche de tan fúnebre día, rehusó Ágata tomar parte en la tertulia y no se movió de su butaca, sumida en profunda tristeza y amargo llanto.

— ¿Qué le ocurre, señora, le preguntó el viejo Claparón.

— Cree que su hijo tendrá que convertirse en mendigo porque quiere ser pintor, dijo la Descoings; pero yo, ningún miedo tengo respecto de mi hijastro, el joven Bixiou, que también quiere dibujar. Los hombres tienen que darse á conocer.

— Tiene razón la señora, dijo el seco y duro Desroches, que, á pesar de su pretendido talento, jamás pudo llegar á subjeje. Yo, sólo un hijo tengo, afortunadamente; pues con los mil ochocientos francos que gano y con los mil doscientos que á duras penas gana mi mujer con su despacho de papel sellado, ¿qué hubiera sido de nosotros? De modo que he colocad á mi chico en casa de un procurador; le dan veinticinco francos mensuales y el almuerzo; otro tanto le doy yo y come y duerme en casa... Tiene más que hacer que si estuviera en el colegio, y llegará á ser procurador; cuando lo llevo al teatro, es feliz como un rey, y me besa; le tengo tirante la cuerda, tiene que darme cuenta del empleo de su dinero. Se preocupa usted demasiado por sus hijos: si algún día se ve en la miseria ese que quiere ser pintor, no se apure, que ya saldrá adelante.

— Yo, dijo du Bruel, antiguo jefe de división que acababa de tomar su retiro, sólo tengo un hijo de dieciséis años; su madre lo adora; pero no escucharía yo una vocación que tan temprano se manifiesta, pues no puede ser sino un capricho nada duradero. Yo creo que los chicos necesitan ser guiados...

— Pero usted, señor mío, es rico, es hombre y sólo un hijo tiene, dijo Ágata.

— La verdad es, repuso Claparón, que los hijos son nuestros tiranos. El mío me ha vuelto loco, me ha arruinado, y he acabado por no hacerle caso; bueno, pues es más feliz, y yo también. Fué causa, en parte, del fallecimiento de su madre; ahora es viajante de comercio, y vive; no bien llegaba á casa, que ya quería largarse otra vez; no quiso nunca aprender nada. Lo único que pido á Dios es que me muera yo sin haberle visto deshonrar mi nombre. Los que no tienen hijos desconocen muchos placeres, pero también se ahorran muchos disgustos.

— ¡Así son los padres! se dijo Ágata llorando.

— Lo que le digo á usted, mi querida señora, es para hacerle ver que debe usted dejar que sea pintor su hijo; sería en vano oponerse....

— Si fuera usted capaz de sujetarlo, repuso el áspero Desroches, le diría á usted que se opusiera á sus deseos; pero débil como es usted con ellos, sólo un consejo puedo darle: déjelo que pinte hasta que se harte.

— José será un grande hombre », dijo la Descoings.

Después de tal discusión, semejante á todas las discusiones humanas, los amigos de la viuda fueron del mismo parecer: que siguiese José su vocación.

« Si no es un genio, dijo du Bruel, que le hacía la corte á Ágata, podría usted hacerlo entrar en la administración. »

En lo alto de la escalera, la Descoings, al despedir á los tres viejos empleados, los llamó *Sabios de la Grecia*.

« Se atormenta demasiado, dijo du Bruel.

— Harto dichosa es con que quiera hacer algo su hijo, dijo aún Claparón.

— Además, añadió Desroches, si Dios nos con-

serva al emperador, José será protegido; y entonces, ¿por qué se atormenta su madre?

— Todo la amedrenta cuando se trata de sus hijos », contestó la Descoings.

Y ya de regreso á la habitación, le dijo á su sobrina:

« Vaya, bien lo ve usted, son unánimes sus pareceres: ¿por qué atormentarse?

— ¡Ah! si se tratara de Felipe, nada temería; pero no sabe usted qué cosas ocurren en esos estudios de pintores... allí hay mujeres desnudas.

— Pero encenderán lumbre », dijo la Descoings. Pocos días después hubo noticia de la derrota de Moscou. Volvió Napoleón para organizar nuevas fuerzas y pedir más sacrificios á la Francia. Entonces tuvo la pobre madre nuevos motivos de pesadumbre: Felipe, que no estaba contento en el liceo, quería servir al emperador. Una revista efectuada en las Tullerías, la última de Napoleón, y que presenció Felipe, le fanatizó. En aquel tiempo, el esplendor militar, el aspecto de los uniformes ejercían irresistibles seducciones en ciertos jóvenes; creyó Felipe tener para la milicia las mismas disposiciones que su hermano para el arte. Sin que lo supiera su madre le escribió al emperador la petición siguiente:

« Señor, soy hijo de vuestro Bridau; tengo dieciocho años, cinco pies y seis pulgadas de estatura, robusta constitución y gran deseo de ser soldado vuestro. Reclamo vuestra protección para entrar en el ejército, etc. »

Veinticuatro horas después, el emperador enviaba á Felipe al colegio militar de Saint-Cyr, y seis meses más tarde, en noviembre de 1813, era nombrado alférez en un regimiento de caballería. Cuando, al cabo de algún tiempo, supo el joven montar bien á caballo, ingresó en filas, lleno de ardor. Poco después, por haber, por su impetu-

sidad, salvado á su coronel, fué nombrado teniente. En la batalla de la Fère-Champenoise, el emperador le ascendió al grado de capitán y lo hizo oficial de ordenanza suyo. Estimulado por semejante ascenso, Felipe ganó la cruz en Montereau. Testigo de la despedida de Napoleón en Fontainebleau, y fanatizado por aquel espectáculo, el capitán Felipe rehusó servir á los Borbones. Cuando en 1814 volvió á casa de su madre, la encontró arruinada. Suprimiöse la beca de José, y la señora de Bridau, cuya pensión dependía de la caja particular del emperador, en vano solicitó que fuera inscrita en el ministerio de Gobernación.

José, más pintor que nunca, contentísimo de lo que ocurría, pedía á su madre que le dejara frecuentar el estudio de Regnault, prometiendo poder ganar su vida; decía que ya sabía lo bastante de estudios clásicos. Capitán y condecorado á los diecinueve años, Felipe, después de haberle servido de ayuda de campo al emperador en dos campos de batalla, halagaba sobremanera el amor propio de su madre; así es que, aunque grosero, ruidoso, y, en realidad, sin más mérito que el de la vulgar valentía del soldadote, fué para ella un hombre de genio; en tanto que José, pequeño, flaco, endeblucho, de frente adusta, amigo de paz, de tranquilidad, soñando con gloria artística, sólo disgustos, según ella, había de darle. El invierno de 1814 á 1815 fué favorable á José, quien, secretamente protegido por la Descoings y por Bixiou, discípulo de Gros, fué á trabajar á aquel célebre taller de donde salieron tan variados talentos, y en donde trabó estrecha amistad con Schinner. Estalló el 20 de marzo; el capitán Bridau, que fué á juntarse con el emperador en Lyon y que le acompañó á las Tullerías, fué nombrado jefe de escuadrón en los dragones de la guardia. Después de la batalla de Waterloo, en la que fué herido,

aunque ligeramente, ganando la cruz de oficial de la Legión de honor, se halló con el mariscal Davout en Saint-Denis y no formó parte del ejército del Loira; así es que, por medio de la protección del mariscal Davout, le fueron conservados su grado y su cruz; pero fué puesto á medio sueldo. José, inquieto por el porvenir, estudió durante aquel período con un ardor que le enfermó varias veces en medio de aquel huracán de acontecimientos.

« Eso lo hace el olor de la pintura, decía Agata á la Descoings; debería abandonar un oficio tan contrario á su salud. »

Todas las preocupaciones de Agata iban entonces encaminadas hacia su hijo el teniente coronel; le vió de nuevo en 1816, caído, de los nueve mil francos de sueldo que venía á cobrar un comandante de dragones de la guardia imperial, á unos trescientos francos mensuales; le hizo arreglar una buhardilla por encima de su cocina y consiguió que economizara algo. Fué Felipe uno de los bonapartistas más asiduos del café Lemblin, verdadera Beocia constitucional; allí tomó las costumbres, los modales y el género de vida de los oficiales á medio sueldo; y, cosa muy natural en un joven de veintiún años, exageró aquel modo de ser, jurando odio mortal á los Borbones; hasta rehusó ocasiones que se le presentaron de entrar en un regimiento de infantería con su grado de teniente coronel. Su madre decía que semejante conducta era la de un gran carácter.

« No se hubiera portado mejor su padre », decía ella.

Bastábale á Felipe su medio sueldo; nada costaba á la casa, en tanto que José estaba por completo atendido á los socorros de las dos viudas. Desde aquel momento ya se vió á las claras la predilección de Agata por Felipe: la persecuci ón

de que era víctima un fiel soldado del emperador, el recuerdo de la herida recibida por aquel hijo querido, su valor en la adversidad, que, aunque voluntaria, resultaba para ella una noble adversidad, pusieron de manifiesto la ternura de Ágata. Esta palabra : « ¡es desgraciado! » lo justificaba todo. José, cuyo carácter tenía esa sencillez que desborda del alma de los artistas en los albores de la vida, y educado además en cierta admiración de su primogénito, lejos de chocarle la preferencia de su madre, la justificaba compartiendo aquel culto por un valiente que había llevado las órdenes de Napoleón en dos batallas, por un herido de Waterloo. ¡Cómo poner en duda la superioridad de aquel hermano mayor á quien había visto adornado con el hermoso uniforme verde y oro de los dragones de la guardia, mandando su escuadrón en una revista! Á pesar de su preferencia, mostrose Ágata excelente madre : amaba á José, pero sin ceguera; lo único que había es que no lo conocía bien. José adoraba á su madre, en tanto que Felipe se dejaba adorar por ella; pero el dragón suavizaba, con ella, su brutalidad soldadesca, en tanto que no disimulaba su desprecio por José, aunque lo expresaba en tono blando. Al verle dominado por su poderosa cabeza y debilitado de cuerpo, le llamaba « muñeco ». Sus modales, siempre protectores, hubiesen herido á otro más sentido que el artista, el cual, además, creía en la bondad de los soldados, aunque oculta bajo rudeza. No sabía aún, el infeliz, que los militares de verdadero talento son corteses y afables como los demás hombres superiores y que la estupidez y la maldad son iguales también en todas partes.

« Pobre chico, decía Felipe á su madre, no hay que contrariarle, que se divierta. »

Este desdén lo tomaba la madre por ternura

fraternal. Y pensaba « Felipe querrá siempre á su hermano y lo protegerá ».

En 1816, consiguió José que le permitiera su madre convertir en estudio el desván contiguo á la bohardilla, y la Descoings le dió algún dinero para que se proporcionase ciertas cosas indispensables al *oficio de pintor*; pues, para las dos viudas, la pintura sólo era un oficio. Con la inteligencia y el ardor que van unidos á toda verdadera vocación, José lo arregló todo por sí mismo en su pobre estudio. El casero consintió en que se pusiera una claraboya en el techo; así quedó aquel desván convertido en una vasta sala pintada de color de chocolate; de la pared colgaron algunos estudios, y Ágata, muy á pesar suyo, colocó un calorífero; de modo que allí pudo trabajar José, sin desatender el estudio de Gros ni el de Schinner.

El partido constitucional, sostenido sobre todo por los oficiales á medio sueldo y por el partido bonapartista, levantó entonces motines alrededor de la cámara en nombre del convenio especial dado por los Borbones y que á casi nadie gustaba. Felipe, que formó parte de una conspiración, fué encarcelado, y luego puesto en libertad, por falta de pruebas contra él; pero se le suprimió el medio sueldo que cobraba. La vida se hacía imposible en Francia; acabaría Felipe por caer en alguna trampa preparada por los agentes provocadores; pues entonces se hablaba mucho de esta clase de individuos. Mientras jugaba Felipe al billar en los cafés sospechosos, perdiendo tiempo y acostumbrándose á sorber copas de licores, Ágata estaba preocupadísima por el grande hombre de la familia. Los tres sabios de la Grecia estaban harta acostumbrados á andar cada noche el mismo camino, á subir la escalera de las dos viudas, á hallarlas esperádoles y dispuestas

preguntarles qué novedades había, para que se les ocurriera abandonarlas; diariamente venían á pasar una hora en aquel salón verde. El ministerio de Gobernación, ocupado en las depuraciones de 1816, había conservado á Claparón, cobarde de esos que dan noticias que todo el mundo sabe, añadiendo en voz baja: « ¡No vaya usted á comprometerme! » Desroches, jubilado algún tiempo después que el viejo du Bruel, disputaba aún su retiro. Los tres amigos, testigos de la tristeza de Ágata, la aconsejaron que hiciera viajar al coronel.

« Se habla de conspiraciones, y su hijo de usted, con el carácter que tiene, acabará por ser víctima de algún enredo, pues siempre hay traidores.

— ¡Qué demonios! es de la madera con que su emperador hacía mariscales, dijo du Bruel en voz baja y mirando en torno suyo, y no debe abandonar su oficio. Que vaya á servir á Oriente, en las Indias...

— ¿Y su salud? preguntó Ágata.

— ¿Por qué no trata de tener un empleo? dijo el viejo Desroches. Se están formando muchas administraciones particulares. Yo voy á entrar como jefe de negociado en una compañía de seguros, tan pronto como esté liquidada mi pensión.

— Felipe es un soldado, y sólo le gusta la guerra, dijo la belicosa Ágata.

— En ese caso, que se deje de baladronadas y que pida servicio...

— ¿Servir á los Borbones? exclamó la viuda; eso sí que no se lo aconsejaría yo.

— Pues hace usted mal, replicó du Bruel. Mi hijo acaba de ser colocado por el duque de Navarreins. Los Borbones son muy condescendientes con aquellos que de veras aceptan su monarquía; pronto se vería su hijo de usted nombrado teniente coronel en algún regimiento.

— Sólo nobles quieren en la caballería, y nunca será coronel, exclamó la Descoings.

Ágata, asustada, pidió á su hijo que se fuera al extranjero y que se pusiera al servicio de una potencia cualquiera, la cual siempre acogiera favorablemente á un oficial de ordenanza del emperador.

« ¡Servir al extranjero!... » exclamó Felipe con horror.

Ágata abrazó á su hijo con efusión, diciendo:

« Lo mismo es que su padre.

— Tiene razón, dijo el pintor; están los franceses harto orgullosos con su columna para ir á servir á extraños. Además, el día menos pensado tenemos otra vez aquí al emperador.

Para complacer á su madre, ocurriósele á Felipe la magnífica idea de irse á los Estados Unidos para reunirse con el general Lallemand, y cooperar á la fundación del Campo de Asilo, una de las más tremendas mistificaciones conocidas bajo el nombre de suscripciones nacionales. Dió Ágata diez mil francos tomados de sus economías, y gastó mil francos para conducir á su hijo al Havre y embarcarlo. A fines de 1817 supo Ágata vivir con los seiscientos francos que le quedaban de su renta sobre el Estado; además, obedeciendo á feliz inspiración, colocó en seguida los diez mil francos que le quedaban de sus economías, los cuales le dieron setecientos francos más de renta. Quiso



José cooperar á aquella obra de abnegación : se vistió pobremente, llevó calzado grosero y medias azules, no quiso ponerse guantes y se calentó con carbón de piedra; vivió con pan, leche y queso. El pobre chico no recibía consuelos sino de la vieja Descoings y de Bixiou, su compañero de colegio y de estudio de pintor, que hizo por entonces admirables caricaturas, sin por eso desatender el empleo que tenía en un ministerio.

« ¡Con qué placer vi venir el verano de 1818! dijo más de una vez Bridau al contar sus escaseces de aquel tiempo. El sol me ahorró el calorífero. »

Ya tan buen colorista como Gros, sólo para consultarle iba á ver á su maestro; entonces estaba meditando el romper con los clásicos, con el convencionalismo griego y con las reglas estrechas en que encerraban un arte al que pertenece la naturaleza tal como ella es, en la omnipotencia de sus creaciones y de sus fantasías. Preparábase José á aquella lucha, que, desde el día en que figuró por primera vez en la Exposición de pinturas, en 1823, ya no cesó. El año fué terrible: Roguin, el notario de la señora de Bridau y de la señora de Descoings, desapareció llevándose el dinero que desde hacía siete años cobraba por cuenta de la primera, y que ya daban dos mil francos de renta. Tres días después de aquel desastre llegaba de Nueva York una letra de cambio de mil francos que Felipe giraba sobre su madre. El pobre chico, engañado como muchos otros, lo había perdido todo en el Campo de Asilo. La carta que escribía hizo derramar abundantes lágrimas á Ágata, á la Descoings y á José, hablaba de deudas contraídas en Nueva York, en donde compañeros de infortunio habían salido fiadores por el coronel.

« Yo fui la que le obligó á embarcarse, exclamó la pobre madre, ingeniándose en justificar las culpas de Felipe.

— Pues no le aconsejo á usted, dijo la vieja Descoings, que le haga usted emprender muchos viajes de esos. »

La señora de Descoings era heroica. Seguía dando tres mil francos á su sobrina, pero al mismo tiempo seguía jugando al terno que, desde 1799, no había salido. Hacia aquel tiempo comenzó á sospechar de la buena fe de la administración de loterías. Acusó al gobierno y lo creyó muy capaz de suprimir los tres números en la urna, con objeto de hacer que jugaran más los accionistas. Después de un rápido examen de los recursos, pareció imposible reunir mil francos sin vender un poco de renta. Las dos mujeres hablaron de empeñar sus cubiertos y demás, ropa y algunos muebles. José, asustado ante semejantes propósitos, se fué á ver á Gerard, le expuso la situación, y el gran pintor le consiguió de la Intendencia de la casa real dos copias del retrato de Luis XVIII, á quinientos francos cada una. Aunque poco dadivoso, Gros se llevó á su discípulo á una tienda de colores, y allí dijo que cargaran á su cuenta todo lo que él joven tomara. Pero los mil francos no serían pagados sino al entregar las copias. Entonces hizo José cuatro cuadros en diez días, los vendió, y trajo mil francos á su madre, la cual pudo pagar la letra. Ocho días después llegó otra carta, en la que decía Felipe que se embarcaba, con destino á Francia, en un paquebote cuyo capitán le admitía en él fiado en su palabra, y añadía que necesitaría lo menos otros mil francos al desembarcar en el Havre.

« Está bien, dijo á su madre el pintor, ya habré yo terminado mis copias y podrás llevarle los mil francos.

— ¡Querido José! exclamó Ágata llorando y abrazándolo, Dios te bendecirá. ¿De modo que le quieres, á ese pobre perseguido? Es nuestra gloria

y nuestro porvenir. ¡Tan joven, tan valiente y tan desgraciado! todo se pone contra él; unámonos siquiera nosotros á favor suyo.

— Ya ves que para algo sirve la pintura », exclamó José, feliz de que por fin le permitiera su madre ser un gran artista.

Corrió la señora de Bridau al encuentro de su amado hijo Felipe. Desde que llegó al Havre, todos los días iba á ver si venía el barco; no cesaba de tener inquietudes; sólo las madres saben cuánto fortalecen la maternidad tales dolores. Llegó el paquebote en una hermosa mañana de octubre de 1819, sin contratiempo alguno. En el hombre más embrutecido, el aire de la patria y la vista de una madre producen siempre cierto efecto, sobre todo al cabo de un viaje desdichado. Se entregó pues Felipe á una efusión de sentimientos que le hizo decir á Agata. « ¡Cuánto me quiere, él! » Mas ¡ay! el coronel Felipe sólo á una persona quería en este mundo, y esa persona era la suya. Sus desgracias en Texas, su estancia en Nueva York, país en que la especulación y el individualismo alcanzan grado sumo, en que la brutalidad de los intereses raya en cinismo, en que el hombre, esencialmente aislado, se ve obligado á emplear toda su fuerza y á ser juez en su propia causa, en que no se conoce la cortesía; en fin, los más insignificantes acontecimientos de aquel viaje habian desarrollado en Felipe los malos instintos del soldado: se había vuelto brutal, bebedor, fumador, egoísta y grosero; la miseria y los padecimientos físicos lo habian depravado.

Además, el coronel se creía perseguido; esta opinión hace perseguidores é intolerantes á los poco inteligentes. Para Felipe, el universo comenzaba en su cabeza y terminaba en sus pies; el sol no brillaba más que para él. Finalmente, el espectáculo de Nueva York, interpretado por aquel hombre

de acción, le había quitado todo escrúpulo respecto de moralidad. En los seres de esa especie no hay más que dos maneras de ser: ó creen, ó no creen; ó tienen todas las virtudes del hombre honrado, ó se abandonan á todas las exigencias de la necesidad; y acaban por erigir en necesidad sus más secundarios intereses y los caprichos de sus pasiones. Con semejante sistema, se puede ir lejos. El coronel había conservado, pero sólo en apariencia, la campechanía, la franqueza y el descuido del militar; de donde resultaba que era muy peligroso, por parecer ingenuo como un niño; pero como sólo en sí tenía que pensar, nunca hacía nada sin antes pensarlo bien; poco le costaban las palabras; las prodigaba. Si por desgracia ponía alguien reparos en aceptar las explicaciones por las que justificaba las contradicciones entre su conducta y su lenguaje, el coronel, que manejaba superiormente la pistola y que estaba dotado de la sangre fría de aquellos para quienes la vida es cosa indiferente, estaba siempre dispuesto á desafiarlos por la menor palabra que no le gustara; pero, mientras, acudía á brutalidades que impiden todo arreglo. Su imponente estatura había adquirido corpulencia, y su cara se había bronceado durante su estancia en Texas; conservaba el tono seco y cortante del hombre obligado á hacerse respetar en medio de la población de Nueva York. Con tal aspecto, vestido sencillamente, con el cuerpo visiblemente endurecido por sus recientes contratiempos, Felipe adquirió la grandeza de un héroe á los ojos de su pobre madre; pero en realidad habiase convertido en lo que vulgarmente se llama un *granuja*.

Apenada por el estado en que veía á su hijo querido, la pobre madre le compró ropa en el mismo Havre. Al escuchar el relato de sus desgracias, no pudo impedirle que bebiera, que

comiera y que se divertiera como debía comer y beber un hombre que vuelve del Campo de Asilo. Ciertamente, la conquista de Texas por los residuos del ejército imperial fué una buena idea; pero falló menos por las cosas que por los hombres, puesto que Texas es hoy una república llena de porvenir. Ese experimento de liberalismo, bajo la Restauración, prueba enérgicamente que sus intereses eran puramente egoístas y no nacionales, y que se limitaban al poder. No faltaron hombres, ni sitio, ni ideas, ni valor; faltaron dinero y socorros de aquel hipócrita partido que disponía de sumas enormes, y que nada dió cuando se trató de organizar un imperio. Las mujeres caseras por el estilo de Ágata tienen un buen sentido que las hace adivinar esos engaños políticos; entonces entrevió la pobre madre la verdad, por los relatos de su hijo; pues, por interés por el proscrito, había escuchado, durante su ausencia, los pomposos reclamos de los diarios constitucionales, y seguido el movimiento de aquella famosa suscripción que apenas produjo ciento cincuenta mil francos, cuando lo que hacía falta eran cinco ó seis millones.

Pronto notaron los jefes del liberalismo que le hacían el caldo gordo á Luis XVIII al exportar de Francia los gloriosos restos de nuestros ejércitos, y abandonaron á los más abnegados, á los más decididos, á los más entusiastas, á aquellos que fueron los primeros en afrontar el peligro. Nunca pudo Ágata explicarle á su hijo que, más que hombre perseguido, era víctima de gente de mala fe; en su fe en su idolo, se acusó á sí misma de ignorancia y deploró la desgracia de los tiempos que hería á su Felipe. En efecto, hasta entonces, en todas sus desdichas, resultaba menos culpable que víctima de su carácter, de su energía, de la caída del emperador, de la doblez de los liberales y

del encarnizamiento de los Borbones contra los bonapartistas. No se atrevió, durante aquella semana pasada en el Havre, semana costosísima, á proponerle que se reconciliara con el gobierno realista y que se presentara en el ministerio de la Guerra; hartó tuvo que hacer con sacarle de aquella ciudad, en donde tan caro está todo, y traerlo á París, cuando ya sólo le quedaba justo el dinero para el viaje. La Descoings y José, que esperaban al proscrito en el patio de las Mensajerías reales, notaron la alteración del rostro de Ágata.

« Tu madre ha envejecido de diez años en dos meses, dijo la Descoings á José, mientras todos se abrazaban y mientras descargaban los mozos los baúles.

— Hola, *señá* tendera, fué el tierno saludo del coronel para la antigua tendera, á la que José llamaba afectuosamente « mamá Descoings ».

— No tenemos dinero para el coche, dijo Ágata con voz angustiada.

— Yo tengo, le contestó el joven pintor... ¡Hermoso color el de mi hermano! exclamó ante el aspecto de Felipe.

— Sí, estoy curado como una pipa. Pero tú no has cambiado, pequeño. »

Con veintiún años que tenía entonces, y apreciado por algunos amigos que le ayudaron en sus días de pruebas, José sentía su fuerza y se daba cuenta de su talento; representaba la pintura en un cenáculo formado por jóvenes cuya vida estaba consagrada á las ciencias, á las letras, á la política y á la filosofía; de suerte que le hirió la expresión de desprecio que su hermano acentuó además con un gesto, pues le tiró Felipe de la oreja cual á un chiquillo. Notó Ágata la frialdad que en la Descoings y en José había sustituido las primeras efusiones de ternura; pero todo lo reparó hablándole de lo que Felipe había padecido en su des-